

Libros

PASCUAL RODRÍGUEZ, Esther (coord.): *Los ojos del otro. Encuentros restaurativos entre víctimas y exmiembros de ETA*, Sal Terrae, Santander 2013, 324 pp., ISBN 978-84-293-2085-5.

Mi comentario sobre este libro no puede no ser apasionado. Empecé con 24 años a visitar cárceles y sigo ahí después de 50 años. Se añade que visito semanalmente, desde hace muchos años, a presas políticas —ETA y GRAPO—. También he tenido contacto con algunos de sus familiares. Pero, del otro lado, soy amigo y he conocido a personas golpeadas por ETA que han perdido seres queridos o han tenido que abandonar su patria chica con dolor y descalabro —para salvar a la familia o vivir en paz (con el guardaespaldas adosado a su vivir cotidiano, algunos).

Este libro es impresionante porque la realidad que refleja de los «encuentros restaurativos» es huella de lo más luminoso y más tenebroso del ser humano. Lo luminoso, tejido de magnanimidad, cuidado, rebeldía ante lo dado por perdido, sabiduría, perdón y valor. Lo tenebroso nacido de todo lo que (todos) somos capaces de tramar desde el fanatismo, la imposición de nuestras ideas, la cosificación del ser humano, la cobardía del tiro por la espalda y la crueldad. Esto es ser hombre: «horror a manos llenas. ¡Ángel con grandes alas de cadenas!» (Blas de Otero, poeta vasco...).

Se añade, en mí el minúsculo orgullo de ser citado (p. 155) en obra tan hermosa y el haber rechazado la invitación de participar en los encuentros para no teñir con mi condición de sacerdote, algo que es sumamente delicado como es la reconciliación más acá de la FE, pero más allá de las fronteras humanas del resentimiento o el odio por el dolor recibido. Participé dando un Curso Oficial a Directores y Funcionarios de Prisiones sobre la «mente asesina». Eso no impide que sienta mucha envidia sana por los que han entrado con pasos quedos y respetuosos en el ámbito del encuentro y hasta del abrazo de personas ayer enfrentadas a muerte por odios y celos acumulados. Mi admiración es obligada a todos los que con corazón de orfebres han propiciado esta muestra de lo que se puede lograr cuando se superan con magnanimidad los muy justificados, pero no supremos, dolorosos sentimientos del ser humano (escribo en el día en que fallece Mandela, muestra insigne de este triunfo sobre lo instintivo del «magma primigenio»).

El libro está admirablemente bien dispuesto para presentar todos los aspectos de los encuentros restaurativos: bases teóricas, experiencia emocional, preparación, itinerario de entrevistas, actitudes básicas para facilitarlos, descripción y análisis de los encuentros, bagaje del mediador, papel de los poderes públicos, testimonio

personal de un asesino (victimario) y su itinerario de recuperación. Nada falta y nada sobra. En ellos se notan los distintos talentos e itinerarios intelectuales y literarios de los autores, pero en todos ellos, sobrenada igual cualificación técnico/profesional, semejantes y preciosos quilates humanos, mismo apasionamiento por extraer lo mejor de todo ser humano, creencia en la perfectibilidad de cualquier descalabrado y, sobre todo, fe ciega —a lo Mandela— de que «lo bueno» nuestro puede ganarle la partida a «lo malo» si nos empeñamos en ello.

Quiero subrayar dos aspectos del libro que me parecen especialmente valiosos: primero, el no evitar palabras duras y el llamar a las cosas por su nombre sin eufemismos ni disfraces (criminal, terrorista, odio, asesino, crimen imperdonable, lógica fanática); segundo, la convicción expresada por Esther Pascual de que victimarios de acciones crueles no son sólo eso por mucho que nos cueste entenderlo. Yo mismo pude descubrir humanidad —con sorpresa grande y alegría igual— en el corazón de alguien que visitó los estragos de su brutal atentado.

Cuando en mis contactos con los victimarios he llegado a este punto les he leído un texto precioso del libro de la Sabiduría: «Te compadeces de todos, porque todo lo puedes, cierras los ojos a los pecados de los hombres para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que has hecho; si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado. ¿Cómo subsistirían si tú no lo hubieses querido? ¿Cómo conservarían su existencia si tú no los hubieses llamado. A todos perdonas, porque son tuyos, Señor amigo de la vida. Todos llevan tu soplo incorruptible» (Sab 11,23-26 y 12).

El próximo domingo llevaré este libro a una mujer de ETA como se lo anuncié. Lo haré discretamente para no despertar recelos en nadie. Otra me dijo no hace mucho: «aunque yo no creo ya, Chema, me gustaría que me dejases firmar en tu Biblia». Se la pasé encantado y escribió «Maitasunez» («te quiero»). A sus ojos, añadí de mi mano: «De mi querida cabra loca vasca». Ellas saben hasta qué punto rechazo lo que hicieron, pero también comprueban que en mí hay algo que me impide alejarlas. «La carne del otro», escribí una vez, es también carne mía... (cfr. Is 58,7).

Acabo. Comprendo sin esfuerzo alguno a las víctimas que no pueden acceder a estos encuentros. Es brutal el drama vivido y prolongado. Mi total respeto. Son medida de la locura del terrorismo. Menos comprensión tengo para cualquier interés político que estorbe este proceso: no se puede servir a la Verdad, siendo esclavo de cálculos electorales... por muy justificados que parezcan. No se puede combatir el fanatismo de los terroristas, atrincherados en otros fanatismos. Sin ese salto magnánimo no hubiera existido Nelson Mandela... ni pacificación en Sudáfrica.

¡Si quiere leer un libro recio y hondamente humano, que le ayude a ir más allá de sí mismo, váyase ya a comprarlo! Lo regalará a otros...

José María FERNÁNDEZ-MARTOS, SJ

En homenaje a Mandela, otro loco de la magnanimidad que reconcilia y cura
(5 de diciembre de 2013)

SEGOVIA BERNABÉ, José Luis: *El capital contra el trabajo. Lectura creyente en una sociedad dualizada*, Ediciones HOAC, Madrid 2013, 124 pp., ISBN 978-84-92787-18-0.

Vivimos un tiempo de reivindicaciones que saturan nuestra capacidad de respuesta y generan un sentimiento de hartazgo. Parece que nos pasamos el día reivindicando, y que reivindicar suele ser algo distinto a generar vida. Tenemos asociado reivindicar a protestar, no a construir. ¡Dejemos de reivindicar! ¡Hagamos algo! Parece que empezamos a decirnos esto.

José Luis Segovia nos recuerda que reivindicar no es simplemente hacer peticiones externas a instancias superiores, sino que la reivindicación exige compromiso y mística y que reivindicar es construir desde la propia vida. Exige jugar la propia existencia en lo que se reivindica. Y nos lo recuerda al plantear que hay que seguir reivindicando la primacía del trabajo sobre el capital, como un eje de nuestra vida porque es donde se juega hoy la principal contienda por la humanización de la existencia, donde se juega nuestra capacidad de compasión, y donde nos jugamos en gran medida la credibilidad de la fe, porque la raíz de la pobreza humana se sitúa precisamente en la primacía que hoy sigue manteniendo el capital sobre el trabajo humano.

El Departamento de Pastoral Obrera de la CEAS publicó hace algunos años *El trabajo Humano, principio de Vida*, fruto de la reflexión coral realizada en el «Seminario sobre el Conflicto Social» auspiciado por el mismo Departamento. Este libro continúa la misma reflexión coral, proponiéndonos avanzar en una mirada del conflicto social, a través de la compasión y de la mística de ojos abiertos sobre la realidad, que nos lleve a rehumanizar la existencia, desde las víctimas, con la mística del Evangelio, y sanando desde su raíz el trabajo humano, para que sea realmente humano y humanizador.

El Papa Francisco nos ha recordado recientemente que es necesario asumir el conflicto, sin quedar atrapados en él. Por eso la manera adecuada de situarse ante el conflicto es aceptar sufrirlo, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso (*Evangelii Gaudium*, 226-227). La reflexión que José Luis Segovia nos presenta se anticipó, y realiza este recorrido ofreciéndonos las claves creyentes para hacerlo desde una mirada contemplativa y compasiva con la realidad del mundo obrero.

En estos últimos años hemos conocido un progreso de inhumanidad que resultaba impensable. Superado el inicial desconcierto, hemos ido abriendo caminos de encarnación, de indignación, de compasión, de comunión y de liberación, que hacen posible vislumbrar «una tierra nueva y unos cielos nuevos» que el Espíritu suscita a cada paso, y que nos reafirma en la centralidad del trabajo humano como clave antropológica que configura la existencia humana abierta al don y a la comunión, que permite construir una sociedad humana, justa y digna, que va siendo Reino de Dios presente que crece.

Mirar la realidad del trabajo humano desde la fe solo puede hacerse con los brazos alzados a Dios y abiertos a los trabajadores, porque solo así la reivindicación de la primacía del trabajo humano, del trabajador, sobre el capital, será a la vez camino de esperanza, de solidaridad, de conversión, de humanización y de vida. Solo así iremos construyendo un trabajo humano que sea principio de vida.

Fernando DÍAZ ABAJO

VITORIA CORMENZANA, Francisco Javier: *Una teología arrodillada e indignada. Al servicio de la fe y la justicia*, Ed. Sal Terrae, Santander 2013, 318 pp., ISBN 978-84-293-2078-7.

En este libro Javier Vitoria se propone un objetivo ambicioso: sistematizar la teología implícita en el trabajo hecho en el Centre d'Estudis Cristianisme i Justicia de los jesuitas en Cataluña desde su creación en 1981. El autor se ha esforzado por repasar la mayor parte de las publicaciones de este centro y exponer ordenadamente sus intuiciones según un plan teológico. Vitoria sigue así un esquema en el que aborda los principales campos de la teología (Antiguo Testamento, Nuevo Testamento, Cristología, Eclesiología, Antropología teológica, Moral) para desplegar una visión teológica integral de la investigación de este centro.

La tesis de fondo de Vitoria es que el trabajo hecho en Cristianisme i Justicia (CiJ) es una expresión de un «nuevo paradigma para la Iglesia del siglo XXI» en palabras del epílogo de Nicolás Castellanos. Vitoria habla con frecuencia de «cristianismo liberador» o «cristianismo al servicio de la fe y la justicia» para referirse a este nuevo paradigma. Con estos términos Vitoria hace referencia a las dos inspiraciones principales del trabajo de CiJ: la teología de la liberación (no en vano Gustavo Gutiérrez escribe el prólogo del libro) y el decreto cuatro de la Congregación General 32 de los jesuitas de 1975. El «cristianismo liberador», como se ha desarrollado en CiJ, implica tanto la dimensión de trabajo por la justicia como la dimensión espiritual capaz de encontrar a Dios en los pobres y en la reflexión intelectual. De ahí el título «una teología arrodillada e indignada».

Vitoria establece un punto de partida claro para su relectura teológica: la experiencia de la injusticia que sufren los pobres y la lucha contra ella. Desde ahí Vitoria va releendo los grandes temas de la teología (Reino de Dios, divinidad de Cristo, notas de la Iglesia, acción del Espíritu en el hombre, libertad humana...) en un esfuerzo por reinterpretarlos en función de este punto de partida imprescindible. Vitoria describe el trabajo de CiJ como una necesaria hermenéutica de los dogmas de la Iglesia a la luz que aporta la experiencia de la injusticia para actualizarlos a la realidad actual.

El planteamiento de Vitoria encarna muy bien el loable esfuerzo de CiJ todos estos años por ser una voz profética en el contexto español en favor de las víctimas de la injusticia. En negativo tendría que decir que percibo en la obra una interpretación excesiva de esta inspiración primera de la obra, la experiencia de la injusticia. Creo que el autor da un salto demasiado rápido de esta experiencia a toda una visión socio-política-eclesial preconcebida desde la que se relee toda la teología. Esta relectura se concreta en una visión de la vida cristiana con rasgos muy característicos (acento puesto en la humanidad de Cristo, en el Reino como proyecto, en la dimensión más humana de la Iglesia...) que fuerza a veces un poco la reinterpretación del misterio cristiano.

Siendo valioso el esfuerzo por hacer una hermenéutica actualizadora del misterio cristiano desde la experiencia de la injusticia, creo que sería necesario un momento de acercamiento auto-crítico del autor a sus propios presupuestos. En este sentido, desde el surgimiento de la justicia como categoría para la teología en los años setenta ha habido bastante reflexión que percibo ausente de la lectura de la injusticia que hace la obra. Un ejemplo claro es la reflexión de las Congregaciones Generales de los jesuitas posteriores a la 32. Hoy en día hay una conciencia viva de la complejidad y ambigüedad del mundo de los pobres, de la riqueza de matices que la idea de justicia tiene (desarrollo de la reflexión sobre la reconciliación), así como de la necesidad de dejarnos confrontar por la revelación en nuestros preconceptos de qué es la justicia y qué son los pobres para no imponerlos injustificadamente.

En este mismo sentido, a veces percibo una excesiva rotundidad de algunas afirmaciones de la obra. Tal vez esto se explique por el estilo del libro, que el autor define como «evocador». Entiendo la sensación de urgencia que la cercanía a la injusticia pueda provocar, pero preferiría una mayor apertura a un sano pluralismo teológico.

A pesar de estas notas, el proyecto de Vitoria y de CiJ me parece ambicioso y muy estimulante. El libro sitúa la teología de CiJ claramente en la tradición de la teología de la liberación tomando como punto de partida la experiencia de la injusticia y el deseo de responder a ella. El trabajo de Vitoria, y de todo CiJ, tiene el valor de ser una recepción original de esta tradición en el contexto de la Europa occidental secularizada y pluralista.

Aunque hay un cierto exceso de citas largas de varios párrafos insertas en el texto, creo que la síntesis que hace el autor es buena. Vitoria consigue hilar un discurso completo sobre el misterio cristiano a partir de escritos parciales de los demás autores de CiJ, lo que no es fácil. Se percibe claramente un esfuerzo por completar lagunas y por precisar el pensamiento en diálogo con las principales categorías teológicas. Deseamos que el paso de formalización teológica que supone este libro permita a todo el equipo de CiJ seguir profundizando en las raíces de la injusticia de nuestro mundo y buscando caminos para superarla.

Gonzalo VILLAGRÁN, SJ